

Arbeláez a ver el paisaje, por desconfianza de la fotografía, entramos por curiosidad al teatro, en donde parecía acontecer algo, y era que estaban regalando niños y niñas, o adjudicando, o entregando en adopción, o cualquier nombre con el que se quiera disimular la servidumbre. Firmaba el interesado un recibo público y salía con el niño: asustado, resignado, tal vez esperanzado. Sólo constaban en el documento el nombre y la edad, y todo lo demás estaba por hacer. Conmovió mucho a Jotamario que la flamante nueva Guatavita, con foto de doble página en los periódicos, y bajo la protección de la *Empresa de energía eléctrica de Bogotá*, regalara a sus niños por no tener cómo mantenerlos. Ya se lo conté alguna vez, pero no se puede perder la oportunidad de recordarlo, porque cultura es la repetición de historias, costumbres, hechos, y ésta es nuestra cultura. Los niños siguen siendo víctimas indefensas de la insania colombiana.



Como es comprensible, la historia magnifica los hechos. Lo demás pertenece al periodismo, a la memoria colectiva, a la leyenda y al olvido. Cuando una comisión de la *Empresa de energía* fue a visitar el nuevo pueblo, para saber qué tan felices estaban sus habitantes, se encontró que tenían los sanitarios llenos de carbón, pues cocinaban en ellos, y dormían en la cocina. Como no tenían espacio para sus animales, los resguarda-

ban dentro de la casa. Se rieron mucho en la culta Bogotá cuando se publicó la noticia.

J A I M E  
J A R A M I L L O E S C O B A R

## El camino se va por donde vino

**Café, caminos de herradura y el poblamiento de Caldas**

*Pedro Felipe Hoyos Körbel*

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 2001, 115 págs., il., mapas

Lo primero que se observa en los libros de historia de los nuevos historiadores colombianos es lo mal escritos que están, por desconocimiento del idioma. En algunos casos, porque el español no es la lengua materna del autor; en otros por falta de una revisión idónea, que supla las deficiencias del original. Aspecto que se ha hecho notar en este Boletín, con relación a distintas obras. El volumen que nos ocupa no es una excepción. El primer párrafo dice: "La intención principal del presente estudio es centrar la atención sobre uno de los instrumentos que aportaron al desarrollo de la ciudad de Manizales y su zona de influencia". ¿Aportaron qué?

En página 26 se lee: "Estas gentes conforman el otro importante actor de esta obra, que muchos historiadores marxistas quieren tildar en sus afanes de drama". ¿Tildar de qué?

En página 31 dice: "[...] para que un colono se decidiese radicar en un pueblo y no en el siguiente".

Son errores comunes, en éste como en los demás historiadores:

La supresión de preposiciones. Así dice (pág. 4): "[...] es el hecho que Mon y Velarde orientó [...]" La preposición *de* tiende a desaparecer, por mala interpretación de una norma.

Las palabras en sentido impropio, por descuido: *indefiniblemente* por

*indefinidamente* (pág. 48); *acepción* por *percepción*, y *apoteósico* por *heroico* (pág. 87); *demoler* por *combater* (pág. 52), y otros.

Los neologismos mal inventados, como *conpueblanos*, en página 85.

Puntuación caótica, sin el menor sentido del idioma. La puntuación del escritor no tiene por qué ajustarse a la gramática elemental, pero otra cosa es la evidente ignorancia.

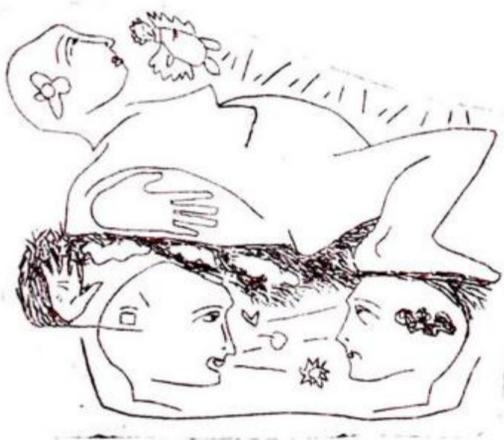
Para colmo, un libro mal escrito tiene el coraje de poner (sic) en una cita, después de la palabra "huespedes", en lugar de corregir la errata.

Los ejemplos citados son apenas una muestra, pero elocuente.

Se inicia la reseña con las precedentes anotaciones, porque parece que los noveles autores no se percatan de que, cuando el lector ilustrado encuentra que un autor escribe mal, no lo lee. Lo descarta para siempre. Y que la peor referencia de cualquier libro consiste en decir que está mal escrito. Debieran darse cuenta de eso. Si por el inglés se descuida el español, pues entonces que escriban en inglés. Borges admiraba el inglés. Pero escribió en ejemplar español.

Todas las historias son apasionantes, pero la historia de los caminos lo es aún más por la incógnita que encierran. Inicialmente, el camino parte sin saber hacia dónde. Tal vez se propone llegar apenas hasta el horizonte, para ver qué hay más allá. Como el horizonte va de alejada, si el camino se encuentra con otro camino le da la mano y se despide. El horizonte hala al camino por la punta y lo va enrollando en el ovillo del planeta. Al comienzo tenemos un corto camino, que sólo va hasta la salida del pueblo y se detiene a mirar desde una loma. Divisa la selva, y allá va y se mete como serpiente hasta que se topa con un río. Entonces el camino da un salto y pasa al otro lado, porque saltar es una propiedad natural de los caminos. Si más adelante encuentra un paraje que le parece apropiado, deja allí cuatro casitas y sigue adelante, porque el horizonte está allá y el camino es así. También hay caminos mandados a hacer, pero esos son los caminos oficiales del Gobierno, que cobra todos los im-

puestos posibles y otros más. Los caminos oficiales no tienen paisaje, sino recaudadores y documentos. Por allí se va a hacer negocios, política y guerras. Los otros caminos son pacíficos, para las gentes próximas y los viajeros del camino. El camino es bello y noble, tiene mucho sentido, pero las monótonas y soñolientas carreteras no son para la gente sino para los carros. Cuando el camino se recorre a caballo, el caballo nos muestra todo. El automóvil pasa rápido, porque el automóvil es enemigo jurado del paisaje. Eso se debe a que es de metal y gasolina, mientras que el caballo es como nosotros. La historia de los caminos de herradura —el nombre lo indica— es la historia de los caballos errados. Que si llevaban carga no la desbarrancaban ni la estrellaban, como hace su querido armatoste de motor. Para las caballerías que viajaban de noche, algunos caminos estaban afirmados con micacita, que brilla en la sombra con los luceros y el relente. Entre las piedras de granito se mezclaban trozos de mármol amarillo con hojuelas de mica. Todavía existen tramos de esos caminos en algunos lugares. Cuando el caballo pisa tierra, pisa hierba, pisa piedra, es como si recorriera el más til de una guitarra.



Claro que para los efectos de un libro serio como éste los caballos y mulas no cuentan, ni los bueyes, ni las personas que van y sufren con ellos, sino las rastras y la carga. Si la carga era de café (cuando el café estaba en ascenso), si las rastras eran de buena madera, si también el oro y el contrabando iban por esos caminos, y mujeres para alegrar la vida, se entendía que el país estaba

progresando, o por lo menos algunos adelantados, que después pasaron a ser los héroes de la historia.

Los caminos de montaña, que se pierden en las rocas; de llanura, que se borran en la extensión; las trochas, que se esconden en el monte; y los senderos de atajo y travesía, todos forman la red de las tierras que se llaman civilizadas. Los caminos no tienen memoria de sí mismos mientras no surjan a los lados las dehesas, las fondas, los cultivos. Al camino no le gusta estar solo como las autopistas, que permanecen desiertas porque nadie se detiene. Su representación es un zumbido. Por ahí se va a la muerte. El caballo nunca mata al amo. El caballo es serio, aunque puede rechazar a un intruso. La historia de los caminos que el libro cuenta es geográfica y política. No está bien poner caballos en esos caminos, porque estorban. A un pulcro libro de historia no le conviene un reguero de cagajón.

La historia es que a los caminos les gustaba el negocio de la exportación de café. Salían las mulas cargadas, y el camino las seguía, para no olvidarse la próxima vez. Después se hacían las posadas, para asegurar el camino. Al principio, el arcángel San Rafael era el que guiaba los caminos. Después aparecieron brújulas, y luego mapas, más modernos pero más enredados, porque el camino daba vueltas en la cabeza del cartógrafo. Así fue como el café extendió los caminos, orientado por la necesidad. El presidente decretaba desde Bogotá: "Hágase un camino para ir de tal parte a tal otra, pasando por Manizales". Cualquiera que fuera la ruta se tenía que trepar a Manizales, para luego descender por el cable aéreo a Mariquita. Los vestigios de ese cable son visibles todavía desde la carretera, y en Manizales se conserva la torre principal de madera.

Dice el autor que los caminos no fueron obra heroica, porque los principales de ellos se basaron en atrevidas rutas ya descubiertas por otros, y se crearon por decretos oficiales. Decretos que ordenaban hacer el camino por castigo de penados, o por el trabajo de los pobladores, "bien entendido

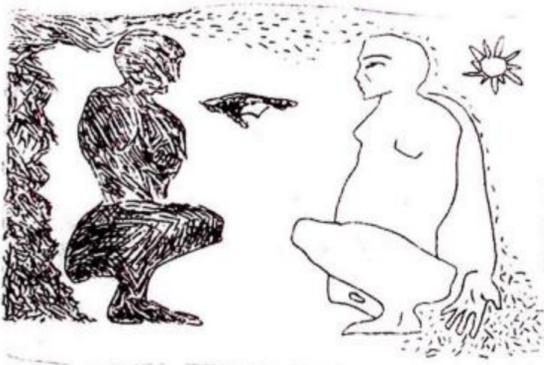
que el tesoro nacional no será gravado en gasto alguno que demanden aquellas operaciones", cláusula que también regía para la fundación de caseríos, o cualquiera otra obra que se necesitara emprender en las provincias. Sin embargo, los relatos de aventuras como la búsqueda de un camino por el páramo del Ruiz, desafiando la montaña en peligro constante de muerte, si eso no es heroico, entonces nosotros no merecemos el esfuerzo de los antepasados. El mismo libro da cuenta de ello. ¿Entonces qué?



No es propósito de la reseña la discusión de carácter histórico, porque se trata de sucesos muchas veces escritos y controvertidos. Además, el libro contiene extensas citas de diversos autores y documentos oficiales, así como una buena y suficiente bibliografía, que el autor efectivamente consultó. No como las conocidas bibliografías infladas con que algunos escritores aparentan maestría y llenan páginas inútiles. En cuanto a lo que ofrece, el autor lo sabe muy bien. Y en ocasiones muestra un gran poder de síntesis, como en esta precisa descripción del progreso: "En 1912 llega el primer automóvil a Manizales. En 1922 se inaugura el cable a Mariquita. En 1925 se incinera Manizales".

De lo que el libro trata es de la apertura de caminos principales en la zona cafetera, de la fundación de poblaciones, y de cómo el café dio por primera vez fundamento a la economía de la región, cuando ya las minas habían pasado a ser una historia triste. "En una mina de oro la tierra se la lleva el agua; el oro, los ingleses; y nosotros nos quedamos con el cascajero", anota la señora Clara Villegas en un diario de viaje (pág. 76).

La terrible sed de oro de los españoles y otros (¿Sabe usted lo que es una sed terrible?), terminó por eliminar a la población nativa y a los esclavos. Como sólo el oro interesaba, nadie sembraba nada, y las hambrunas duraban varios años, muriendo mucha gente porque el oro no se come. Si no era por el oro, tampoco cultivaban por estar las tierras en litigio. El manejo de la tierra y sus productos ha sido desordenado en Antioquia. La mejor época fue cuando todo el mundo sembró café por todas partes, y se quedaron sin qué comer. Pasa en la costa atlántica con el arroz y el ganado. Hasta una lechuguita había que importarla de Medellín al Suroeste, y las gentes se afanaban en ese círculo vicioso. Del cual sólo el vicio quedó, porque lo demás se esfumó.



Las disputas de tierras o geográficas se convierten después en disputas históricas, y luego éstas en ideológicas o religiosas. Lo importante es que siempre se tengan muchas disputas y los muertos sean del ala de la razón desarmada. La disputa por las tierras permanece desde siempre, ante los jueces o por mano alevosa. El egoísmo y miopía de los terratenientes ha sido causa principal de atraso en las regiones. Concentrada la propiedad rural en pocas manos, el colombiano es *Juan sin tierra*. Lo dice el libro. De eso, la reseña no sabe nada.

Y esto es lo que se llama *reseña lírica*, para que sepa. También se la puedo hacer en prosa académica, o se la puedo hacer promocional. Como quiera.

J A I M E  
J A R A M I L L O E S C O B A R

## El rechazo a lo insuperable

**Pereira: visión caleidoscópica**

Rigoberto Gil Montoya

Alcaldía de Pereira, Instituto de Cultura de Pereira, Colección de escritores pereiranos, vol. 18, Pereira, 2002, 176 págs., il.

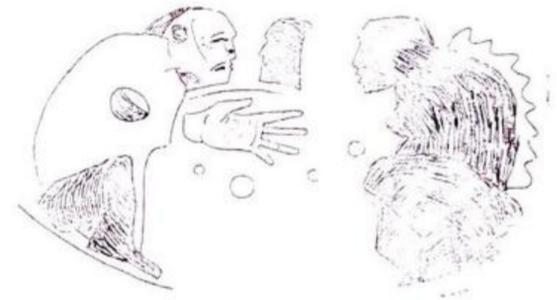
Aunque no escapa a sus detractores —que para todo los hay— Pereira es esencialmente una ciudad amada. Tiene sus admiradores, sus cantores, sus cronistas, sus agradecidos y entusiastas hijos, propios y adoptivos. Media docena de lemas la califican como un lugar mejor para vivir: Ciudad sin puertas. Ciudad amable. Ciudad de las mil y una sonrisas. Ciudad cívica. Ciudad prodigio. La ciudad que lo tiene todo. Los incapaces de amor, que todo lo miran con odio y envidia, nada pueden contra Pereira, porque las puertas abiertas también son para salir.

Si por algo pecan los historiadores de Pereira es por la indulgencia del amor. Todo lo más hermoso es de Pereira. Hasta los chistes que le hacen con mala intención se vuelven a su favor. Pereira es invulnerable. La invulnerabilidad de Cali se debe a su indiferencia. Pereira no es indiferente. Por eso la aman.

El libro que aquí se comenta es un libro de amor. Si tiene reclamos, son reclamos de amor. Por ello escapa a la crítica. Obra de un escritor joven, que como todos los jóvenes cree que su mirada es inédita, distinta a todo lo anterior: la misma nostalgia por el pasado, o si le parece más moderno póngale saudade; la misma beligerancia, sin la cual lo joven se opaca; los mismos sentimientos encontrados por la ciudad maternal. Por eso es bello y tonto ser joven.

Tiene el autor una peligrosa facilidad de expresión, como la tuvieron los nadaístas. A los nadaístas los salvó que de todos los colegios o universidades los echaban. En cambio el talentoso autor de este libro tuvo que aprenderse toda la babaza académica, con la cual es imposible llegar a

ser escritor. Trastabilla con todos los clisés y muletillas que acreditan sus títulos. Por eso escribe así:



*El hecho estético. El espacio fictivo. El constructo de un corpus narrativo. Corpus literario. Los procesos escriturales. Los procesos historiográficos que la ciudad propicia. Parto de un hecho que resuelvo metáfora en las dinámicas escriturales que la ciudad propicia. Un lenguaje que escenifica las dinámicas de un colectivo. Ampliar el corpus de las versiones oficiales. La manifestación de la cultura en su legado intertextual. Las motivaciones por el hecho de la escritura. La inacabable mancha urbana. Desde el ejercicio de una palabra que nombra e infiere. Pensar lo universal como instancia profunda de sociedades que se piensan y se preguntan. Una geografía cuyo imaginario escritural. El tejido de lo urbano en la cartografía de la palabra que nombra. El espejo que precisa una imagen y entorna ciertos destellos de lo cotidiano. La ciudad condesciende al tejido de la oralidad. En el plexo de la escritura que impele construcción de mundo. En las dinámicas del texto que circula. El pintor infiltra los vórtices y las coordenadas de un espacio retocado en los diarios de campo de los viajeros extranjeros.*

Para no parecer sádicos se suspenden las citas, aunque el autor emplea asimismo unos términos demasiado originales, como *noctuidas* por *noctámbulos*, *descolla* por *descuella*, y otros que sería curioso catalogar.

La obra obtuvo por concurso el premio Colección de escritores pereiranos, 2002. El autor la deno-